

## Jacques Maritain y la posición de los católicos ante los problemas políticos

Por Carlos Holguín y L. Córdoba Mariño

Con ocasión del artículo publicado recientemente por el señor Alvaro Holguín y Caro (1) a propósito de la conferencia que acaba de dictar en París Jacques Maritain sobre el problema judío, queremos esbozar brevemente el pensamiento de éste y de algunos otros pensadores católicos en relación con los problemas políticos.

Se pregunta angustiadamente el señor Holguín y Caro si la posición de Maritain y de los directores del periódico "Temps Présent", tanto en este punto como en los referentes a la guerra española y a la colaboración con el "frente popular", se aparta de los principios tradicionales de la Iglesia, admitiendo ideas que pueden poner en peligro las bases de la civilización cristiana.

No conocemos todavía el texto íntegro de dicha conferencia. Sólo hemos leído los comentarios que sobre ella publicaron Francois Mauriac y Francois Constenay (2), así como el estudio del mismo Maritain que publica hoy esta revista, en el cual pueden los lectores conocer directamente sus ideas a este respecto.

\* \* \*

*El antisemitismo.*—El problema judío es muy complejo y, en concepto de Maritain, insoluble, al menos antes de la reintegración anunciada por San Pablo. El hecho de su dispersión y de la misión que le corresponde según las profecías constituye un problema teológico que no entramos a considerar.

Pero además de ese problema teológico existe el sociológico, cuyo objeto no es otro que el conocimiento del pueblo judío en su aspecto humano. La psicología especial de los judíos, los "complejos" producidos en ellos por su dispersión y

(1) "La Razón", 29 de marzo de 1938.

(2) "Temps Présent", 11 de febrero de 1938.

por las condiciones históricas en que han vivido, los sentimientos de las distintas naciones hacia una raza que no se asimila completamente a su cultura, la habilidad que demuestran en el ejercicio del comercio y las industrias, etc., son materia de interesantísimas investigaciones científicas.

Preocupa a algunos la defensa que Maritain ha hecho de la raza judía. Pero éste es un punto que debe estudiarse con un criterio objetivo, desprovisto de prejuicios, ya que se trata de una tesis sociológica que no afecta los principios católicos. Sólo las ideologías racistas tienen interés en demostrar la superioridad de una raza. La primacía de los judíos o de los arios, la mayor perfección de las razas amarillas en relación con la negra, o viceversa, son cuestiones étnicas que sólo científicamente —y con mucha dificultad— pueden llegar a defenderse con argumentos incontrovertibles. Por su parte, los judíos han dado muestras de capacidad extraordinaria en las ciencias, en la política, en la economía. Einstein, Bergson, Disraeli, Marx son magníficos representantes de su raza. Más aún: para los cristianos puede haber una presunción de que la raza judía sea la mejor del mundo puesto que fue la escogida por el Verbo de Dios para encarnar. El deicidio no tenía por qué destruir las cualidades naturales de ese pueblo.

Se dice que todos los males presentes son obra de los judíos: la masonería, el comunismo, la inmoralidad de los espectáculos. Según W. Sombart el capitalismo es también obra suya. Puede ser cierto que en las logias masónicas o entre los comisarios soviéticos haya un buen número de judíos, y hasta una mayoría, y que su espíritu haya favorecido la implantación del capitalismo, pero ello no quiere decir que esos males sean obra exclusiva de los judíos. En todo caso, la única manera justa de remediarlos es la indicada por Maritain, a saber: reglamentar el trabajo, acabar con el capitalismo, reprimir la inmoralidad y combatir el comunismo, sin reparar en la calidad de las personas que se dediquen a esas actividades y sin perseguir por eso a un pueblo que en gran parte es inocente.

El hecho sociológico del pueblo judío, con sus características especiales, plantea el problema político de sus relaciones con los nacionales de cada estado. Sobre el particular se han presentado tres soluciones: la liberal, la racista y la cristiana. La primera consiste en reconocer teóricamente la igualdad de derechos a todos los habitantes de un país, desconociendo las diferencias naturales de los distintos grupos. Pero el fácil sistema de las "declaraciones de derechos" no resolvió nada. La experiencia ha demostrado que el antisemitismo y las causas que lo explican, sin justificarlo, subsisten a pesar de

ellas. En cuanto al segundo de los sistemas indicados conviene advertir que el negar a los judíos todo derecho, llegando hasta la confiscación de sus bienes y a su expulsión del territorio, no constituye en manera alguna una solución del problema. Al contrario, éste se recrudece y agudiza en los otros países. En todo caso, estas medidas pugnan abiertamente con la caridad cristiana que rechaza el empleo de la violencia y de medios ilícitos para obtener un fin determinado. Veamos ahora cuáles son las líneas generales de la solución cristiana a que nos hemos referido.

Sintetiza así el marqués de La-Tour-du-Pin la condición de los judíos en la Edad Media: "La Iglesia y los príncipes que gobernaron según sus máximas tuvieron al Judío a distancia del pueblo cristiano. No lo persiguieron; pero lo trataron como extranjero, es decir, como ciudadano de otra nación. No atentaron contra su culto, contra sus leyes, ni contra sus costumbres; por el contrario, protegieron su libre ejercicio, pero a condición de que no perturbara la sociedad cristiana. En la ciudad cristiana los judíos no son perseguidos en razón de lo que les es propio y que constituye el derecho de su nación..." (3). Sin pretender hoy volver a la Edad Media, afirma Maritain que el problema está vinculado a la reforma de los estados y dependerá de la manera como se resuelva lo relativo a las minorías nacionales, a la tolerancia de cultos, etc. Una concepción pluralista del derecho, como la indicada por él en "Humanismo integral" y por el eminente jurista católico Georges Rénard en su "Teoría de la Institución", suministra las bases para encontrar una posible solución, análoga pero distinta a la medioeval.

Se invoca contra los judíos la tradición de los pueblos cristianos que desde hace mucho tiempo los miran con recelo y los persiguen. Nosotros también invocamos la tradición de la Iglesia, que en todos los tiempos ha condenado las medidas de violencia. Entre los varios antecedentes que podrían citarse queremos recordar el de Sisebuto, rey visigodo de España. Cuando éste obligó a los judíos a bautizarse, so pena de ser perseguidos, el Concilio IV de Toledo, presidido por San Isidro de Sevilla, uno de los teólogos más eminentes de la época, desaprobó su conducta.

Como lo dice Maritain en el estudio que aparece en esta revista, la Iglesia ha condenado el antisemitismo. Por otra parte, el Catolicismo que, a diferencia del protestantismo, considera la tradición como fuente de su doctrina, no admite cual-

(3) "Vers un ordre social chrétien", p. 335.

quier tradición, que puede haberse formado por influencias puramente históricas, y menos tradiciones modernas. Para la Iglesia es tradición la que se remonta a los apóstoles. La epístola de San Pablo, transcrita por Maritain en su estudio tantas veces citado, indica cuál fue el pensamiento de la Iglesia primitiva sobre el problema de los judíos. Los cristianos no pueden admitir la persecución contra ellos, que ha conducido siempre, como lo dijo el Cardenal Fulhaber, a una persecución al cristianismo por judaizante. ya que sus fundadores, Cristo y los apóstoles, fueron judíos y lo son también sus libros sagrados. A menos que se demuestre que Cristo no fue judío —como ha pretendido un nazista— o que se rechace el Antiguo Testamento, como lo ha hecho Hitler y algunos escritores nacionalistas de Francia.

\* \* \*

*Los católicos y la política.*—León XIII sintetizó en estas palabras la doctrina de la Iglesia sobre las atribuciones de las dos potestades: "Dios ha repartido entre el poder eclesiástico y el civil la labor de conseguir el bien del género humano, destinando el primero a las cosas divinas y el segundo a las cosas humanas. Cada uno de ellos es soberano en su esfera" (4). Lo que no es otra cosa que la frase evangélica: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César".

Por consiguiente, la Iglesia goza de completa independencia del poder civil para el cumplimiento de los fines que le son propios. Esto es lo que constituye su poder directo sobre lo espiritual. Pero al lado de éste, la Iglesia tiene también un poder indirecto sobre las cosas temporales, que, como lo dice Maritain, "no es otra cosa que el poder espiritual mismo aplicado a las cosas temporales en razón de los intereses espirituales" (5).

Si la Iglesia conserva su autonomía frente al Estado, es también independiente de los partidos políticos que están en el poder o pueden llegar a él. Por consiguiente, no debe nunca confundirse el dominio de la religión con el de la política. A ésta corresponde buscar los medios más adecuados para la completa realización del bienestar temporal. Los partidos, aunque no pueden desentenderse de las exigencias que hace la Iglesia en relación con lo espiritual, están en libertad de escoger las formas que consideren más adecuadas para alcanzar la realización de ese bienestar temporal. Y el número de esas formas es ilimitado. Puede, pues, haber numerosísimos partidos que se amolden a los principios cristianos y que, sin embargo, di-

(4) Encíclica "Immortale Dei".

(5) "Primauté du spirituel", pág. 24.



fieran fundamentalmente en sus programas políticos, los cuales dependerán de la apreciación que se haga sobre el estado en que se encuentre cada sociedad en un momento dado. De ahí que los católicos puedan adherir a cualquiera de esos partidos, pues como lo ha dicho Su Santidad León XIII en la encíclica "Immortali Dei", si se trata de cuestiones puramente políticas las divergencias honestas son permitidas a los miembros de la Iglesia.

Por esta razón, ningún partido puede comprometer a la Iglesia ni exigir a nombre de ésta la adhesión de los católicos a su organización y programas. El Cardenal Gasparri es terminante a este respecto: "La Iglesia debe defenderse de los partidos que reclaman el apoyo de los católicos, en interés de la Iglesia —según dicen ellos— y que en realidad lo que buscan es apoyarse en Ella para el triunfo de su causa" (6). Es más: los católicos no deben formar un solo partido político, ya que, según lo anota Maritain, "un *partido político católico*, ordenado directamente a lo temporal (en cuanto partido *político*) y especificado por la religión (en cuanto partido *católico*), amenaza a la vez comprometer el bien del catolicismo y de las almas en los negocios del mundo, temporalizar, particularizar y envilecer lo espiritual, hacer confundir la religión con la política y con la conducta de un partido; y, por otra parte, perjudica en ciertos momentos el bien temporal, para cuya consecución se ha constituido, por temor a comprometer un nombre, tan difícil de llevar, en empresas y peligros de orden puramente temporal" (7). Consecuente con estas ideas, considera como lo más conveniente y deseable el que haya mayoría de católicos en todos los partidos honestos (8). Y S. S. Pío XI, en carta a los Obispos de Méjico, advierte que los católicos, en cuanto tales, deben abstenerse de constituir un partido político (9).

Problema distinto del de la intervención de los católicos en la política —como miembros de uno o de varios partidos— es el de sus relaciones con los gobiernos que no se inspiran en las doctrinas de la Iglesia. Desde luego, los católicos no pueden en ningún caso apoyar a los gobiernos entre cuyos fines esté la destrucción del Cristianismo o el desconocimiento de los derechos de la Iglesia. De ahí que la Santa Sede, en recientes

(6) Documentación católica, tomo 19, 582.

(7) "Du régime temporel et de la liberté", pág. 174.

(8) Ibid., pág. 175.

(9) Carta "Paterna sane sollicitudo", "La Acción Católica", pág. 32.

encíclicas, haya condenado los principios que informan el comunismo y el nazismo.

Cuando no se trata ya de esos casos extremos, y cuando existen fines comunes que se propongan alcanzar los católicos y determinados gobiernos, es posible dicha colaboración. En efecto: los católicos han venido colaborando en casi todos los gobiernos del mundo, gracias a lo cual han podido asegurar la conservación de sus derechos y evitar mayores males. De la misma manera que los partidos que no están en el poder colaboran o pueden colaborar, total o parcialmente, con gobiernos que no coinciden con ellos ideológicamente. De lo contrario sería forzoso sostener que la única política posible para los católicos es la de la más completa e indefinida abstención en todos aquellos países que no realicen íntegramente las enseñanzas de la Iglesia. Cuán pocos serían esos países! A una abstención tan total no ha llegado partido alguno, ni siquiera los que, como la Acción Francesa y el comunismo, han sido considerados como prototipos de aislamiento. Aquélla elige diputados y concurre al parlamento. Este ha abandonado su tradicional oposición a los partidos "burgueses" para entrar a colaborar con ellos.

Respecto de la colaboración de los católicos con los gobiernos de "frente popular", debe tenerse en cuenta que con este mote se designan gobiernos de muy diversa índole. No es la misma cosa el "frente popular" en España, en Méjico, en Colombia, en Francia, en Austria, etc. Más aún, existen diferencias considerables entre los que, con ese nombre, se han sucedido en un mismo país. De ahí que no parezca absurdo el apoyo que preconizaron algunos escritores católicos al gobierno del "frente popular" francés. Por una parte, los gobiernos que con este nombre han regido a Francia no han sido comunistas. Por otra, ninguno de ellos ha tocado la cuestión religiosa y la persecución ha cesado allí completamente. La situación de la Iglesia es hoy consoladora. Como lo dice Monseñor de Solages, en una reciente conferencia dictada en los "Embajadores" de París, "es un hecho que nunca, desde hace mucho tiempo, desde hace siglos tal vez, una esperanza tan grande ni un dinamismo semejante han alentado a la Iglesia de Francia, desde el jocista hasta el universitario y desde el más humilde vicario hasta el Cardenal de París y hasta el joven primado de las Galias" (10). Por consiguiente, la colaboración con ese gobierno es una simple cuestión política, perfectamente explicable según los principios expuestos atrás.

(10) "La Vie Intellectuelle", t. LIV N° 3, pág. 346.

En cuanto a la desaparición del periódico "Sept", en donde se hicieron —según se ha dicho— las recomendaciones de apoyo de los católicos al "frente popular", ella no obedeció a una orden de suspensión proveniente de la Santa Sede. Las directivas de la comunidad dominicana en Roma consideraron que los sacerdotes dominicos que formaban parte de la dirección de ese periódico no debían mezclarse en las cuestiones políticas que se debatían en él ardientemente. Y "Sept" desapareció porque en concepto de sus directores no podía continuar sin dichos sacerdotes. Para remeplazarlo, sus directores laicos publican bajo su exclusiva responsabilidad "Temps Présent", que tiene la misma orientación de "Sept" y que ha sido ampliamente aprobado por el Cardenal Verdier, Arzobispo de París (11) y por el Cardenal Lienart, Obispo de Lila (12), las dos más altas autoridades de la Iglesia de Francia.

\* \* \*

*El problema de España.*—La posición de Maritain, quien no está con Valencia ni con Salamanca, según sus propias palabras, ha llenado de asombro a algunos espíritus católicos. A nuestro modo de ver, el problema de España es muy complejo y debe ser estudiado en sus distintos aspectos. Por ejemplo, el de las responsabilidades debe esclarecerse, fijando la que le corresponde a cada uno en la actual situación de la Península. Si es cierto que el motivo inmediato de la rebelión de Franco se encuentra en la terrible anarquía y en el estado de inseguridad que imperaban bajo el gobierno de Azaña, no es menos cierto que los partidos de "derecha" son en gran parte responsables de esa situación. En efecto: no era posible dejar sin solución el agudísimo problema económico y social que confrontaba ese país. Una gran parte del territorio sin cultivar estaba en poder de un número reducidísimo de propietarios. Ya dentro de la república los partidos de "derecha", que volvieron al poder en 1933, tuvieron oportunidad de rectificar antiguos errores y realizar dentro del orden la transformación económica y social que exigían las necesidades del país y las enseñanzas de la Iglesia. Desgraciadamente no supieron cumplir entonces su misión histórica. El ministro Jiménez no consiguió el apoyo de la mayoría para su proyecto de reforma agraria, pues sólo algunos pocos diputados estuvieron con él. Lo que no hicieron las gentes de orden intentaron hacerlo, aunque por medios violentos, los partidos de "izquierda". Cabe citar nuevamente a Maritain: "Surge aquí una grave cuestión que nos permitimos

(11) "Temps Présent", 19 de noviembre de 1937.

(12) "Temps Présent", 26 de noviembre de 1937.

llamar la del demonio como agente histórico. San Gregorio escribía: "hay que saber que la voluntad de Satán es siempre inicua, pero que su poder no es nunca injusto, pues las iniquidades que se propone cometer las permite Dios en completa justicia. . . ." El (el diablo) toma parte en la marcha del mundo y en cierto sentido la estimula. Principalmente hace a su manera, que no es buena, aquellas cosas que las gentes de bien dejan de hacer" (13).

Prescindiendo de considerar si los partidos de "derecha", en vista de sus responsabilidades históricas, podían en julio de 1936 lanzar la primera piedra, Maritain plantea en esta forma el problema de la justificación de la guerra española. Expone en primer lugar la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre la justificación de la rebelión, según la cual es necesario, además de la injusticia y extralimitación a que haya llegado el gobierno contra el cual se dirige, que los males que surjan de esa rebelión sean menores que los que se quieren remediar con ella. Y agrega a continuación que, en su concepto, los males causados por la rebelión pueden tal vez ser mayores que la misma existencia del gobierno de Azaña. Esta opinión es muy discutible, especialmente si se tiene en cuenta que los comunistas preparaban un golpe de estado para establecer en España un régimen semejante al de Rusia y que los jefes nacionalistas consideraron que en muy poco tiempo obtendrían sus fines mediante un rapidísimo golpe de cuartel en toda la Península. En todo caso, éste es un problema de hecho muy difícil de apreciar debidamente por la complejidad de factores que lo integran y susceptible por tanto de distintas apreciaciones. En cuanto a la posición doctrinaria, Maritain no hace más que acogerse a la mencionada doctrina de Santo Tomás.

Considera también Maritain que aún en el caso de que esta guerra se justifique, no puede por ello decirse que se trate de una "Guerra Santa". (Este es precisamente el título de su estudio sobre el problema español). Entre otras cosas porque ella ha estado dirigida en gran parte contra un pueblo católico, como lo es el de los vascos, quienes por circunstancias políticas especiales se vieron enfrentados a los partidos de "derecha"; que les negaban la autonomía regional. Aquí cabe advertir —aunque se trata de un problema puramente político— que la tesis de la autonomía regional es mucho más conservadora que la del centralismo de los estados totalitarios.

Otro aspecto de la guerra española es el de los medios empleados por uno y otro bando. A este respecto condena simultáneamente

(13) "Du régime temporel et de la liberté", pag. 98.

neamente los excesos cometidos por ambos, especialmente el bombardeo de ciudades indefensas, que es un procedimiento anticristiano a que han recurrido tanto los rojos como los nacionalistas. En esto no hace otra cosa que aplicar los principios generales expuestos en su libro "Del régimen temporal y de la libertad" sobre la purificación de los medios.

\* \* \*

*La Iglesia y la "civilización cristiana".*—La actitud de Maritain y de algunos escritores católicos en relación con los problemas que acabamos de tratar está, en concepto de algunos, en desacuerdo con los principios fundamentales de la civilización cristiana. Es preciso, por lo tanto, entrar a considerar cuáles son las relaciones de la Iglesia con la civilización o la cultura. De paso advertimos que no entramos a hacer distinción entre cultura y civilización porque ella no tiene incidencia sobre el problema de que nos ocupamos.

La cultura, como los problemas relativos a la organización política de los estados, es cuestión que pertenece al orden temporal. Por eso se presenta bajo formas diversas en las distintas épocas y en los distintos países. La Iglesia, en cambio, por su carácter espiritual, es universal y eterna y no está sujeta a las mudanzas de lo contingente.

Los principios católicos pueden informar una determinada cultura en la misma forma que inspiran las ideologías de algunos partidos políticos y la organización de determinados estados. Lo que no implica que esa cultura sea la única cultura cristiana posible y menos que el cristianismo se confunda con ella.

La Iglesia triunfa políticamente en Roma con Constantino y se asocia a la vida del Imperio. Sin embargo, la caída de éste no la comprometió. Al contrario: se dedicó entonces a cristianizar a los bárbaros y a construir, sobre las ruinas de la civilización antigua, la cultura cristiana que floreció en la Edad Media. Si hoy día asistiéramos, como lo piensan algunos, al derrumbamiento de la actual civilización, la Iglesia no perecería con ella. Como dijo Monseñor de Solages, "la Iglesia, más espiritualizada que nunca, trabaja en medio de un mundo singularmente quebrantado en la preparación de las almas nuevas para un mundo nuevo. Lista si fuere necesario y si la renovación del mundo llegare demasiado tarde para evitar una catástrofe —cosa que Dios no quiera— a pasar por segunda vez a los bárbaros, según la palabra de Ozanam, para hacer de ellos

hijos de Dios y permitirles volver a construir sobre aquellas ruinas una nueva cristiandad" (14).

Por consiguiente, la Iglesia no es la "civilización cristiana" ni está vinculada a los restos de la cultura greco-latina que subsisten en occidente. Las grandes civilizaciones orientales, que pueden haber sido como civilización iguales o aún superiores a la del occidente, pueden ser, por ejemplo, campo propicio para que, elevadas y purificadas por los principios eternos de la Iglesia, lleguen a constituir nuevas formas de civilización cristiana. Por otra parte, el mundo actual está muy lejos de representar un tipo de cultura verdaderamente cristiano. Desde el Renacimiento se han venido destruyendo los principios cristianos que informaron la civilización medioeval y se han impuesto en cambio formas políticas y económicas que, como el individualismo, el capitalismo y el estatismo, no responden al espíritu y a las enseñanzas de la doctrina de Cristo. La Iglesia, por consiguiente, no está empeñada en defender el actual estado de cosas y desea, por el contrario, — conservando desde luego los valores espirituales y culturales que merezcan defenderse— transformarlo fundamentalmente, ya que la sociedad de nuestros días "aunque conserva vestigios de cristiandad en sus bases éticas y culturales, y aunque en sus sectores conservadores y para fines políticos interesados usa en exceso el nombre cristiano y el vocabulario moral, forma parte de una civilización que en su conjunto se aparta del cristianismo bajo la presión de energías adversas, cuya misma savia cristiana está debilitada y que, aún en sus elementos cristianos, había aceptado la situación inhumana impuesta al proletariado por un capitalismo sin freno y entregádose por completo al movimiento ciego de un materialismo social que prácticamente ha proclamado con su existencia, y para los fines que le interesan, la ruina del espíritu cristiano" (J. Maritain) (15).

Finalmente no debe olvidarse que "el mundo cristiano no es la Iglesia... La Iglesia es imperecedera; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Prevalecieron contra el mundo cristiano formado por la Edad Media occidental; bajo la presión de sus propias debilidades y de enemigos declarados, este mundo acaba de quebrarse a nuestros ojos. Creemos que bajo una forma distinta aparecerá una nueva cristiandad" (16).

CARLOS HOLGUIN y L. CORDOBA MARIÑO

(14) "La Vie Intellectuelle", t. LIV, N<sup>o</sup> 3, pág. 347.

(15) "Humanisme intégral" pág. 124.

(16) "Du régime temporel et de la liberté" pág. 120.